



VISTA DE LAS FERRERIAS REALES DE INDRET, CERCA DE NANTES.



Bajando por la ribera izquierda del Loira, desde Nantes hacia Paim-bocuf, como á unas dos leguas de la primera de estas dos ciudades, el viajero se deleita con el sorprendente golpe de vista que presentan las ferrerías reales de Indret. Edificados sobre la superficie plana y regular de una roca que baña el agua por todas partes, pero que sin embargo es bastante alta para dominar las mareas de mayor elevación, estos hornos inmensos, á quien los naturales llaman poéticamente *el respiradero del infierno*, ocupan una situación la mas pintoresca y encantadora.

Enfrente de Indret está la hermosa aldea de Basse-Indret, que estendiéndose sobre la ribera sus numerosas y blancas casas de techos resplandecientes. Esta aldea conserva algunas de sus costumbres tradicionales en lo concerniente á los antiguos usos religiosos de Bretaña. Todos los años hacia el día de Navidad, los jóvenes de ambos sexos se reúnen para decorar á espensas propias y con algunos carros y taburetes un vasto espacio, al que hacen tomar la forma de teatro, cuyos asientos ocupan todas las tardes los vecinos del pueblo y de los alrededores. En este teatro se representa lo menos quince días consecutivos una inmensa pieza en que los versos corren con la mayor libertad sin las trabas de la rima y de la cadencia, y en que cada estrofa se canta en un aire diverso, á la manera de esos famosos *pots-pourris* que hicieron la delicia de nuestros antepasados. Jamás en esta feliz tragedia (este es el nombre que la dan) faltan espectadores, jamás se ha oído resonar en aquel recinto ningún apóstrofe de reprensión, jamás ha podido la censura disminuir sus largos actos, jamás la indisposición de un artista ha impedido representación alguna, y si se juzgaran las obras dramáticas por el número y la sinceridad de los aplausos, la tragedia de la Basse-Indret podría vanagloriarse de ser la mejor de las obras dramáticas.

Nuestros lectores nos perdonarán el que nos hayamos apartado del objeto principal de nuestro artículo, en gracia de haberles hecho la narración de una diversion que no todos conocerían: y agradeciéndoles su indulgencia, volveremos á enlazar nuestra cortada relación.

Las fábricas reales de fundición de Indret fueron montadas en 1838

bajo la dirección del hábil mecánico Mr. Gengebre, y destinadas por el gobierno á construir navios de vapor.

Decir el poco tiempo en que fueron construidas las primeras máquinas, y el inmenso desarrollo que recibió el trabajo de fundición, sería bastante para hacer el mas bello elogio de estas ferrerías, si no viniera á empañarle la completa inacción en que se encuentran en el día, y lo atrasadas que están respecto á las fundiciones inglesas, que han conseguido en pocos años anteponerse á todas, impelidas en el camino del progreso por el poderoso empuje de la civilización moderna.

Pero las ferrerías reales de Indret, descuidadas por el gobierno, no han podido sentir la fuerza de su empuje, y es muy triste ver unas fábricas que por muchas razones deberían ser las primeras de Europa, yacer en el doloroso estado de una inercia científica, tan grande como la que tienen las fábricas de Indret, en las cuales sin embargo trabajan una infinidad de obreros. Pero cuando se emplean mas brazos que inteligencia, solo se deja ver la industria á través de un prisma, empañado por el sudor que imprimió la maldición de Dios sobre la frente del primer hombre.

DEL VANDALISMO EN ARQUITECTURA.

(Conclusion.)

ARTICULO TERCERO.

Pero otra víctima mas segura y pronta debía inmolarse en obsequio del terremoto, como para aplacar sus iras y conjurar sus rigores, y en los primeros dias de junio vióse maniobrar sobre la plataforma de la ancha torre del real palacio, una falange numerosa de peones, antes de saberse que su destrucción estuviese decidida, antes de divulgarse siquiera el daño que tan fuerte medida motivaba. Creyóse al principio que se trataba de un reparo, despues de una rebaja de altura cual en otras ocasiones la ha sufrido; mas la piqueta seguía abatien-

7 DE DICIEMBRE DE 1831.

do uno y otro torreón, y sigue bajando, bajando siempre, sin que sepan donde han de detenerse los brazos mismos que la manejan. Sin duda que á tan extrema resolución hubo de preceder un prolijo y concienzudo reconocimiento, y que de él debió brotar evidente y luminosa cual la luz de mediodía, la triste convicción de que inútiles serían los recursos del arte, para salvar al coloso de piedra, y que si las apariencias eran de solidez y perfecto á plomo en sus cuatro muros, las apariencias mentían, y que allí donde los ojos superficiales penetrando en el interior no veían tal vez sino renovadas grietas de no difícil remedio, leyeron los inteligentes terribles síntomas de próximo y total hundimiento, al cual un prudente derribo debía anticiparse. Por esta vez no anduvieron lentas las consultas, ni complicados los trámites, ni abultado el expediente, ni embarazosas las competencias, ni escasos los recursos, aunque no tan copiosos sin duda como la voz pública exagera, suponiendo 9.000 duros destinados á estas obras: sea como fuere, ¿qué mas pronto ni mas feliz despacho pudiéramos desear para tantos otros asuntos de pública utilidad y fomento que yacen bajo el polvo de las oficinas? Y ya que S. M., espuesto una vez el indicado peligro, ha consentido en que se destruyera el mas bello ornato y peculiar fisonomía de la mansión de sus augustos progenitores, pues no parece creíble que á vista del administrador de su Patrimonio, sin su beneplácito ó conocimiento siquiera, se procediese al derribo de una parte tan principal del palacio, en que la corona, desde remotos tiempos, otorgó generoso albergue á los vireyes y capitanes; no nos resta ya sino deplorar el prematuro fin de este poético monumento, que á mas larga existencia parecia destinado.

No faltará acaso quien nos pregunte qué belleza y mérito á nuestros ojos encerraba aquel grupo descomunal de cuadrados torreones, no ya de barbacanas ceñidos ni de almenas coronadas, solo por su elevación y adusto colorido recomendables, sin mas adorno que el de sus ventanas ó ajimeces, la mayor parte tapiados; ó qué recuerdos contenían aquellos gruesos y sombríos muros, sino los toscamente esculpidos nombres, ó sofocados gemidos de los reos de estado que ánejos bandos ó causas políticas allá sumieron. ¿Qué recuerdos decís? Los de una serie de dominaciones, los de una dinastía de reyes, la historia de las vicisitudes de un país á cuyos destinos presidió el permanente alcázar. Al rededor de este formóse en remota época, tal vez en la goda, tal vez en la romana, la pequeña y fuerte ciudad que llamaron los árabes Almudayna ó *Ciudadela*, como al rededor de esta se extendió mas adelante en semicírculo el resto de la población: su fortaleza constituía el cuarto y último recinto, que dominaba á principios del siglo XII la triple muralla de la plaza sarracena, y en el cual se guardaron con desesperado brío los musulmanes en 1113, estrechados por la vengadora espada de catalanes y pisanos; por aquellos muros cortados á pico sobre las olas descolgóse el valí Burabé, buscando ya su salvación en la fuga que las naves del valiente Dodon le cerraron; y cuando los móviles castillos de madera de los sitiadores ganaron como al abordaje su erizada altura, corrió la sangre por el pavimento; la llama por la techumbre de sus estancias, rodaron cadáveres precipitados por las ventanas, ondeó la cruz sobre las derruidas almenas. A la noble estirpe del poderoso Mudjehid, señor de Denia, reemplazaron en la posesión de aquel palacio, como en la de toda la isla, los jeques almorauides, arrojados á su vez por los almohades, manteniendo allí todos un simulacro de corte, y gozando de sus pirateadas riquezas en el seno de las delicias: pero trascurrido poco mas de un siglo desde el pasajero estrago de los de Pisa, atravesó los umbrales de la real morada un conquistador mas generoso y humano, Jaime I de Aragón, apartando de ella el hierro y la tea incendiaria, y confiando sus tesoros á la custodia de un santo religioso.

Erigida Mallorca en reino independiente, el alcázar de la Almudayna pasó á ser verdadero real palacio; y cuando Jaime II en el último tercio de su reinado poseyó al fin tranquilamente la corona legada por su padre el Conquistador, adornó con obras magníficas su hermosa residencia, sin quitarle el carácter moruno ni el aspecto belicoso. Entonces, en la primera década del siglo XIV, frente el uno del otro, el real palacio y el castillo de Bellver en la próxima colina, surgían á la vez y desenvolvían sus bellas formas, bajo la dirección acaso de un mismo arquitecto, Pedro Salvá, decorados al par sus salones por el pincel de Francisco Caballer; entonces la vieja mansión de los valles vió brotar en su seno la interesante capilla de Santa Ana, y sobre el mar y sobre el buerto, á mediodía y á poniente, tendió sus ojivales galerías, mutiladas hoy por mas recientes fábricas, y se levantaron sobre los antiguos murallones gallardas torres de piedra, encerrando abovedadas y lujosas estancias, y á las angostas saeteras reemplazaron gentiles ventanas, y sobre el torreón altísimo del homenaje asentóse en lugar de vigia el famoso ángel de bronce que le ha dado nombradía. Allí en 28 de mayo de 1311, cerró los ojos el espléndido soberano; allí su hijo el bondadoso y enfermizo rey D. Sancho, alternó sus pacíficos dias con los que en su predilecta villa de Perpignan gozaba; allí el infortunado Jaime III, nieto del II, desde su temprana juventud vió acumularse por el

lado de Aragón las negras nubes que le presagiaban destronamiento y muerte. Huérfano despues de reyes propios el palacio; pero sirviendo de residencia á los gobernadores de la isla, conservó un reflejo del esplendor y grandeza de la ostentosa corte mallorquina. Sus nuevos dueños los monarcas de Aragón en el mismo siglo XIV la visitaron; pero cada vez en perjuicio de Mallorca: Pedro IV para unirla á su yugo, Juan I para arruinarla con sus exacciones y saraos. Paz y sosiego, cual nunca lo disfrutó en su agitada vida, aunque siempre bajo la suspicaz mirada de su tirano padre, halló hácia 1459 en aquellos vastos y desiertos salones, el tan infeliz como virtuoso Carlos de Viana, entregado por algunos meses al estudio y al retiro; y un escondido reino dió haber encontrado, al entrar por su patio, el insigne emperador Carlos V, que descansó allí cinco dias, de 13 á 18 de octubre de 1541, antes de partir á su malhadada expedición de Argel. Enumerar los huéspedes de sus régias salas, y los huéspedes de sus sombrías torres, y los espectáculos y festejos, y las escenas ya de luto ya de regocijo que á su pié han ido desfiliando, seria recopilar en un breve espacio la historia y las costumbres de veinte generaciones, sus anales políticos y sus fastos criminales, sus glorias y sus revueltas, sus alegrías y desventuras: todas despertaron eco en aquellas bóvedas, todas dejaron sulco en aquellos muros denegridos.

Ahora bien: ya que los vireyes, generales y demás funcionarios en el vasto edificio alojados, al tenor de sus caprichos ó necesidades alteraron la primitiva estructura; ya que por el lado del mar se presentan rehovadas sus dos filas de balcones, y con deformes escrescencias obstruida su fachada, al paso que hácia la huerta ábrese un caos de galerías, balcones y ventanas de todas fechas y tamaños, sin orden ni concierto distribuidas; ya que las salas del piso bajo y del principal se han modernizado todas, excepto el real oratorio privado, que por medio de una tribuna comunica con la capilla de Santa Ana rivalizando con ella en gallardía y desaparecerá el día menos pensado sin haber obtenido de nadie un recuerdo, ¿qué le restaba ya al real palacio, para insignia de su belicoso origen y augusto destino sino la corona de torres eminente que por cualquier lado descollaba, humillando y comprimiendo las mezquinas obras particulares, y como proclamando su soberana pertenencia? Sobre la anchurosa azotea, por cuatro angulares torres flanqueada, erguísela del Ángel, que si bien rebajada hasta el segundo cordón en 1736, al año siguiente del formidable terremoto, de Lisboa, del cual llegó á la isla un débil eco, solo á la contigua mole de la catedral cedía en altura (1). Las altas bóvedas cruzadas en arco, los severos portales en semicírculo, los altos alfeizares de las ventanas, ya sencillas ya partidas por esbelta columna, las molduras y arabescos de tapiadas galerías, caracterizaban aun los aposentos de las torres y los subyacentes á la azotea; y á leve costa se les desenvolviera la distribución y forma que le dió su real fundador, trocándolos otra vez de lúgubres mazmorras en risueñas y magníficas estancias. ¡Qué rosada y esplendente se quebraba la luz de la mañana en los ángulos y recodos de los opacos torreones! ¡Qué triste luna! Cada hora tenía allí su encanto, cada punto su perspectiva. ¡Pobres torreones inmolados para seguridad de la población que un tiempo defendían, si opusieron rebeldes al hierro destructor la nativa dureza y perfecta trabazón de los sillares, resonando con los golpes cual si de bronce fuesen, al menos no hubieron de ser apuntalados para prestar pié firme á sus demolidores! ¡Pobre torreón del homenaje, ayer el perfil de su ángel protector combinábase con las coronadas agujas de la Seo y con la majestuosa nave de Santo Domingo, diseñando sobre el azul de los cielos un bello grupo que de lejos saludaba el navegante; mañana descubrirá en su lugar un espantoso vacío! ¡Necios lamentos, dirá alguno, á propósito de un montón de piedras! Pero piedras y terrones forman ese mágico ser que se llama patria, y los puntos culminantes son los rasgos de su fisonomía. ¿Dreis también, necio amor el de la patria?

Y el ángel contemporáneo de la torre, que vino á fundir de Perpignan Francisco Campredon, con tornesa y media (26 dineros) de salario al día, que Jaime II impaciente de verlo, hizo traer á Sineu de donde á la sazón residía, para examinarlo á su gusto; que plegadas y casi rozagantes las alas, caída hasta los pies la vestidura, armado el pecho como de una coraza con aquellas palabras divinas *et verbum caro factum est*, tendido el brazo durante cinco siglos y medio, señaló el viento con el dedo índice girando á merced de sus mudanzas, ¿cuál será el destino de esta interesante figura? ¡Pobre ángel! también pendiente como de una horca te vimos el 6 de junio, y el 28, aun tendido boca al suelo en la azotea, bajo baces de maderos, á pesar de lo que anticuarios y autoridades en salvarle se han interesado! Bien pudiste presagiar tu próximo y cruel destino, el día en que viste arrancar de la torre piramidal de San Miguel al ángel tu compañero: Dios te conceda menos acerbo fin. Ahora si bajas entero de entre los escombros, si no tiendes el vuelo á países mas hospitalarios, si la curiosidad de un aficionado no te acota por propio, irás, ángel cesante, á ocupar un puesto al abrigo

(1) Véase el grabado, pag. 317.

de la intemperie en ese invernáculo donde pierden su aroma y lozanía las flores arrancadas del nativo suelo, en esas salas de asilo donde se reúnen los objetos artísticos, huérfanos del edificio que los sostuvo, en ese cementerio, al fin, llamado *Museo*, que está por crear todavía; y la

soledad no te asuste, que en breve acaso irán á reunirse allá contigo los privilegiados destrozos y esculturas de los monumentos que en pie nos quedan.

J. M. CUADRADO.



IGLESIA DE MARCELLE.

Pocos son los que han detenido sus pasos delante de esta obra, cuya arquitectura corresponde al siglo XI: menos notable por su mérito intrínseco que por su antigüedad venerable, domina desde una altura el pueblecillo de Marcelle, situado no lejos del cabo de Finisterre, y sirve de descanso al curioso que visita sus pintorescas inmediaciones.

Marcelle fué en otro tiempo baronía feudal: su último señor construyó un pequeño castillo, cuyas ruinas se veían hace algunos años en el camino que conduce desde dicho pueblo á Corcubion, y se reducían á varios lienzos de muros derruidos, y á los restos de un torreón cuadrado. Esta clase de construcciones se ejecutaban entonces con piedra bruta, sin orden ni simetría, y carecían por lo tanto de los adornos y labores que tanto distinguen á las obras de los últimos siglos: es verdad que ganaban en solidez lo que les faltaba de hermosura.

Los alrededores de la iglesia de Marcelle ofrecen los puntos de vista mas agradables que pueden observarse. Al norte se divisan unos altos montes, de los cuales se desprende un riachuelo que regala sus puras aguas al río Tambre, que desagua en el mar junto al cabo de Finisterre; grandes sotos abundantísimos en caza presentan agradable sombra que convida al descanso, y multitud de árboles frutales y de plantas odoríficas convierten durante el verano aquel país inculto en un bellissimo vergel.

El paraje que eligieron los primeros moradores de Marcelle para levantar su iglesia no es menos agradable ni pintoresco. Y aquí debemos notar que, generalmente hablando, las antiguas iglesias, que nada de particular ofrecen por sus construcciones, se recomiendan sin embargo por las respectivas posiciones que ocupan; lo cual prueba que los arquitectos de esos siglos remotos atendían mas á la impresión religiosa que debía producir un edificio sagrado, que á la comodidad y á las reglas confusas del arte, tal cual había llegado hasta ellos. Buscaban únicamente el efecto en el ánimo de los fieles, ó lo que es igual, un medio poderoso para atraerlos á la oración y á todas las prácticas religiosas, porque á sus ojos el lado moral del arte era la parte princi-

pal á que se dirigían sus desvelos. Preciso es confesar que casi siempre llegaron á conseguir su objeto. Al presente hemos sustituido al resultado moral la conveniencia razonada, y en vez de buscar el efecto, solo apetechemos el resultado práctico, principio escelente para los adelantos de la mecánica, pero que ha producido, como debía suceder necesariamente, todos los monumentos sin carácter, sin idea fija, que deshonran la arquitectura contemporánea.

LA BUÑOLERA.

En la noche del 2 de diciembre de 1513 llegaron, en Granada, cuatro soldados á una buñolera morisca que había en el comedio de la calle de Elvira. Entraron de tropel, sentáronse en el zaguan, pidieron una libra de hojuelas con su correspondiente ración de meloja, pagaron adelantado, y sacaron para hacer boca un pellejo de vino de Ubeda.

—Si voacés quieren alguna cosa mas, díganlo, y su boca será medida.

Así dijo la viejezuela aljamiada que hacia los honores de la casa, y puso sobre el banquillo delantero una fuente de peltre colmada de hojuelas; las picaras estaban rubias como el oro, huecas y calientes; tres condiciones precisas que ha de tener para ser gustosa toda fruta de sarten.

—Que atice el candilon y cierre esta portera, porque hace un gris que parece puñal de Albacete, segun se cuele por las carnes: contestó uno de los soldados.

Al cumplir estas órdenes la buena comadre, se oyó un clamor de campanas.

—¡Dios lo tenga en su gloria! y parece pájaro gordo: exclamó la vieja deseando aparentar mas religion de la que tenía.

—Duque de Sessa y Terranova, marqués de Vitonto, condestable de Nápoles y noble e Venecia: nada menos.



—Y príncipe de los caballeros, y padre de los soldados.
 —Y árbitro de reyes, y protector del pontífice.
 —Y sobre todo, el GRAN CAPITAN Gonzalo Fernandez de Córdoba, dijo un soldado con los bigotes grises y la tez tostada por el sol de Cerinola y del Garellano.
 —Recemos por su alma: añadió el mismo veterano enjugando mal una lágrima; y quitándose el casco entonó un padre nuestro ayudado por sus compañeros.
 —Amen: murmuró entre sollozos la buñolera.
 —Madre Roma, hace bien en llorar, porque á Gonzalo Fernandez de Córdoba debe su parroquia esta tienda;
 —Muchas veces lo he oído decir, mas nunca pude alcanzar el cómo y por qué.
 —Cerrad la tienda, puesto que son las ánimas, y lo contaré en amor y compañía vuestra: contestó el viejo escudero.
 —Bien por Uceda: dijeron todos á una voz, pues el cronista pasaba como excelente orador entre la soldadesca.
 —Tomaré un trago para que pase un nudo que tengo atravesado en la garganta desde que oí esos clamores. Bebió: —¡Cómo sabe á la pez!—dijo; se limpió el bigote y los labios con el reverso de la derecha mano, y apartándose de la mesilla para accionar mejor, comenzó de esta manera.

Hace veinte y cuatro años ¡qué tiempos aquellos!.... entonces apenas me apuntaba el bozo: no habíamos ido á Italia, ni se habían descubierto las Indias: estos reinos de Granada eran de moros, vivía la reina Isabel, y mandaba con el rey los ejércitos.

Cincuenta mil hombres estábamos acampados en ese valle que hay frente á la puerta de Elvira, donde hoy se halla Santa-Fé. La gente mas aguerriada éramos andaluces; pero había de todas raleas.

Por el mes de junio (1) ya estaban talados los panes del valle de Lecrin, y nuestras algaradas llegaban al corazón de las Alpujarras. Los fuertes exteriores se habían arrasado, y podía llegarse á un tiro de flecha de las murallas de Granada, sin miedo á ser flanqueado.

En la noche vispera de San Juan Bautista, la reina, como era un ángel, quiso que nos alegrásemos á uso de la tierra, y así se publicó á son de atambor por el campamento; ¡qué velada, muchachos! A los mismos carmenes de la ciudad llegamos para recoger flores (que algunos trajeron salpicadas de sangre), y ramos de cerezo, de acacia, de paraíso, de azahar y de granado, para adornar las tiendas de las damas. Delante del pabellon de la reina, que ocupaba el centro, hicieron los valencianos un jardín con juegos de aguas y luces de colores: frontero á la del rey armaron los ingenieros de las bombardas un artificio de pólvora nunca visto. Los gallegos y los suizos encendieron grandes hogueras que despedían llamas azuladas y rico olor por las gayombas con que las alimentaban; alrededor de ellas bailaban en rueda, cantando al compás de las gaitas y tamboriles.

Por el lado que daba al cerro andaba lo mas caliente de la fiesta: las cantinas y las bubonerías estaban iluminadas; todos eran corros de zarabandas y zarabandillas. Cantaban los genoveses romances en su lengua; hacían agüeros los gitanos; contaban cuentos á voces los mudajares; hacían juegos con lanzas y cuchillos los almogavares, y recorrian las calles del real tropas de músicos con flautas, tamborinos, salterios, alboques, chirimías y trompetas, tocando las sonatas que mas agradaban á la reina: aquello era un ascu de oro: ¡de allí al cielo!.

Pues señor, vamos al caso: en la tienda de la reina, todavía no se había quemado el campamento, tambien había sarao; como era el pabellon tan magnífica pieza, pues le regaló á S. A. el marqués de Cádiz, allí se hallaba reunido lo mejor del reino; el duque de Escalona, el conde de Tendilla, el de Cifuentes, el de Cabra, Hernan Perez del Pulgar, que como un gigante sobresalía entre todos con su cabellera negra y lacia, que le cubría el cuello de león; el duque de Cádiz, fuerte como un roble, pero blanco de color y con el pelo castaño: capaz era este capitán de adivinar los pensamientos á un muerto, y de meter su lanzon por la costilla que eligieran de las de su contrario; el marqués de Villena, tan generoso de corazón, que estaba manco del brazo derecho por acudir en socorro de un sirviente suyo; D. Alonso de Aguilar, el conde de Ureña, el Cardenal de España, y otros muchos caballeros formaban cerco alrededor del estrado del rey, de la reina y de la infanta.

¡Si hubiérais visto entonces á la reina Isabel! tenía cuarenta y un años, y era tan hermosa que ninguna muger he visto que pueda comparársele: el color como una rosa; los ojos azules, y tan vivos que parecían estrellas; las facciones todas bien proporcionadas, y el cabello castaño, al sol de oro. Inspiraba su aspecto tanto respeto como la Virgen que está en los altares; y sin embargo, cuando uno se veía turbado delante de ella, miraba de un modo tan dulce y daba tantos alientos con sus palabras bienhechoras, que le contaba uno de corrido

sus quejas lo mismo que si fuera su madre: tenía falda sobre brocado de plata, tocado de Cambrai, y el cabello entretreído de corales. El rey estaba sentado á su derecha sobre una silla de campaña; ya lo conocéis y sabéis que gasta buena persona; pero entonces tenía treinta y nueve años, estaba mas derecho, mas alegre, y como que parecía otro al lado de los castellanos y de la reina Isabel. Aquella noche parecía muy bien con su jubon carmesí, sus calzas de raso amarillo, su sobrevestida de brocado, y arreglado el cabello, que por aquellos tiempos lo tenía castaño y mucho....

—¡Pero, Uceda, dónde se fué la aventura del Gran Capitán? Porque todavía no ha salido este á relucir.

—Gonzalo Fernandez de Córdoba estaba al lado de la reina como alcaide de los donceles, tenía un año menos que el rey, y ahora comienza lo mejor de la historia.... Mas supuesto que me has interrumpido, sirveme una hojuela y venga un trago.

Terminada la rueda del zaque, prosiguió Uceda su relato.

—Pues como iba diciendo á la buena compañía, Gonzalo estaba un poco mas bajo que SS. AA. y mas compuesto que todos los grandes; era á la sazón el mas gentil caballero del mundo: vosotros que le habeis conocido con un pié en el sepulcro, despues de veinte y cuatro años y de tantos trabajos, habeis visto que descollaba su noble presencia; pues juzgad lo que seria entonces.

Siguiendo mi cuento, habeis de saber que todos los concurrentes al sarao y los mismos reyes estaban callados oyendo con atención al viejo Hernando de Zafra, secretario de SS. AA., y mas temible con la pluma que una escuadra de caballería á la carga. Contaba muchas usanzas de los moros, como entendido que era en su lengua, y refería el modo que tenían de solemnizar la velada de San Juan, al que ellos tienen tambien devoción, sino que como perros, solo hacen agüeros de mojarse el cabello las esclavas, y otras hechicerías, añadiendo que se refocilaban con hojuelas y buñuelos dulces que trabajaban con singular perfección.

—Mucho que me gustan esos buñuelos, dijo la reina, si estan calientes y bien aderezados.

—Pues los que labra una morisca, no mal parecida, en la tienda del comedio de la calle de Elvira, habían de ser del agrado de S. A., pues los vende hasta para el rey de Granada.

—No provoques, Hernando, mi deseo con tus celebraciones, que ya me parece estan haciendo falta esos dulces para tan buena reunión, repuso la reina con mucha gracia.

Gonzalo Fernandez de Córdoba que no quitaba los ojos de la reina Isabel, aunque con religioso respeto, apenas hubo oído estas palabras, salió sin ser notado de la tienda.

Pocos momentos despues, serian las once de la noche, le vi cruzar como un relámpago, envuelto en un albornoz blanco, cubierto con la capucha, solo, y montado en un caballo negro que se bebía los vientos: uno de esos potros que él solo sabía educar, y que educados eran envidia de los reyes.

Antes que el pensamiento (y el campamento estaba dos leguas), llegó á un portillo que habían hecho en la muralla por el lado de la puerta de San Gerónimo las aguas del caz que servía de foso: este portillo se hallaba guardado por una compañía de ballesteros. Detúvose al Gran Capitán una patrulla al trepar por los escombros que cubrían el foso; dijo algunas palabras en la lengua de los moros, y mientras vacilaban en dejarle ó no pasar, impaciente él que tan de prisa iba, ayudó al caballo, que derribó con los pechos á los delanteros, saltó la banda de sacos de tierra que cerraban el portillo, y diciendo algunas palabras de mando á los soldados espantados, se fué derecho hácia la mezquita mayor. Cuando se pusieron los peones de acuerdo con la patrulla y quisieron hacer armas, ya no se oía ni el eco de los cascos del caballo.

Nuestro capitán rodeó la mezquita mayor, donde ahora hacen la catedral, pasó frontero al palacio de los infantes de Granada, y poniendo el caballo al paso de andadura, como si fuese un traginante, llegó á esta buñolera donde ahora estamos (1).... Pero demos otra vuelta al odre, que se me secan las fauces.

Bebió el veterano y bebieron todos, saboreando unas castañas asadas que la vieja había añadido por reconocimiento al narrador, y despues de toser y escupir, continuó el soldado de esta manera:

—Siguiendo con mi cuento adelante, habeis de saber que como era noche de San Juan, y famosa la buñolera, estaban las puertas cerradas y flanqueadas por una muralla de perros moros, que se codeaban y empujaban dando aullidos cada cual en su tono, para que le despa-chasen pronto.

El alcaide de los donceles se bajó del caballo, le arrojó la brida sobre el cuello, y haciendo ariete de sus puños, rompió el grupo y se abrió paso: llegó al mostrador, y sacando un puñado de adirjanas, le dijo á la buñolera, que era una graciosísima morena:

(1) Aun se conserva esta buñolera con la misma traza morisca, frente al pilar del Toro, haciendo esquina á la calle de la Cárcel.

(1) Por las señas del veterano se refería al año de 1491.

—Lo mejor de la tienda ponédmelo en un cestito, de modo que pueda resistir un viaje, y cobraos lo que gusteis.—Esto enseñando las monedas.

Al oír la buñolera aquella voz tan imperiosa, y aquellas palabras que no eran propias de esclavos, dejó la hacienda que tenía entre manos, y sin respeto al riguroso turno que tenía establecido, cogió las mejores hojuelas, las flores que acababa de dejar en el molde, los buñuelos mas rubios, y entre yerba-buena y torongil los acomodó en un cestillo de mimbres de colores que cosió con un junco.

Tomó el caballero la cesta, pasó el asa por su brazo izquierdo, y al arrojar sobre el mostrador los adirjanas de plata y oro que tenía en la mano derecha, derramó gran parte en el suelo. Cayeron sobre ellos como cuervos los esclavos y genticilla que rodeaban la tienda, y la graciosa morena interesándose por tan rico marchante, cogió el candilón que pendía del umbral, y adelantó su brazo y su talle, inclinándolo todo el cuerpo hacia fuera para que se viese mejor dónde habían caído las monedas.

Gonzalo Fernandez de Córdoba, que llevaba estudiado todo esto, aprovechando aquella coyuntura, cogió por la cintura á la morisca, y levantándola como una pluma, la sacó de la tienda como quien arranca un clavel. Se apagó el candilón, cayendo sobre los codiciosos buscadores, empezó á gritar la moza y á alborotarse los presentes con la novedad del caso; pero el alcaide, sin detenerse ni aun á tomar la brida, se colocó de un salto sobre su caballo, sujetando entre tanto á la buñolera por la crencha, y poniéndola después en el arzon, desenvainó la espada, sacudió unos cuantos reveses á los que le habían asido, y encabritando el caballo para cobrar las riendas, salió como una flecha por la calle de Elvira, dejando en pos de sí una algazara infernal y una alarma tumultuosa.

Muchos en su armadura, en su rostro mal encubierto por la capucha, en los arneses del caballo y en la espada, habían conocido que era un cristiano, y algunos esclavos y tornadizos aseguraron ser el marqués de Cádiz ó el Alcaide de los donceles. Con esto se aumentó el ardimiento de los que le seguían, guiados por las chispas que arrojaban las herraduras, y como entre ellos iban algunos soldados, pusieron en arma la ciudad. La buñolera por su parte no se descuidaba; como una leona pugnaba por desasirse, y sin reparar en el peligro, por arrojarle al suelo: con sus descompasados movimientos el potro se descomponía, y con los gritos desgarradores de la morena que pedía socorro sin fatigarse, el animal no oía la voz de su amo, y se desahacía en aquellas calles desconocidas; mas á pesar de todo, el buen caballero llegó á la calle de la Azacaya, dejándose muy atrás á sus perseguidores, cuyas voces de alarma apenas distinguía.—Mayor peligro le esperaba en otra parte.

—Dios le tenga en su mano, que á fé mia interesa la aventura, y es de un valiente caballero: dijo la vieja aljamiada.

—Pues como iba relatando, continuó Uceda, Gonzalo corría por las callejuelas estrechas del barrio de la rauda, hasta que vino á dar en el mismo portillo por donde había entrado; pero la perra morisca, viéndose perdida si el caballero lograba salir de la ciudad, redobló sus gritos y consiguió alarmar á toda la guardia, que apresuradamente se puso en son de guerra con las ballestas armadas para cerrarle el paso. El Alcaide envió con el albornoz á la cautiva, la cubrió con su casco para defenderla de las arrojadas y ahogar sus gritos, aplicó los acicates al caballo y se arrojó sobre los moros mal agrupados en la brecha. Dispararon estos al bulto sus ballestas y azagayas, mas no tocó ninguna al ginele ni á su presa, porque el caballo obedeciendo á una ayuda especial, se bajó hasta tocar con su vientre la tierra, y pasaron por cima de caballo y caballero las flechas y las lanzas. Los contrarios creyeron muerto al robador de la morisca quejumbrosa, pues Gonzalo había hecho de propósito arrodillar al potro, y se vinieron en desorden sobre él para rematarle ó prenderle, libertando á la cautiva. Ni visto, ni oído, mordió el primero la tierra de una cuchillada de catorce puntos, y arrancando el caballo, pasó por entre ellos á escape, repartiendo tajos, de esos que caben á uno por hombre. Bajó el potro por la pendiente de escombros del portillo brincando como un corzo, y Gonzalo, ya desde la vega, gritó á los que le tiraban piedras y flechas desde la muralla:

—¡Torpes! ¡Habeis dejado ir al Alcaide de los donceles!

Cuando acabó la frase estaba una milla de la ciudad, seguro, si puede estarse en campo enemigo: oyó las algaradas de una patrulla que venía en su seguimiento; pero ¿quién alcanza un relámpago, ni abraza el arco iris? El caballo sacudió las crines, y aguzando las orejas igualó la carrera, y antes de un credo avistó el Gran Capitán la primera avanzada de nuestro campamento: ya era tiempo, porque el animal había hecho su último esfuerzo á la voz de su amo, y comenzaba á dar resoplidos. Gonzalo le puso al trote porque quedaba media legua, envainó la espada, arrojó el albornoz, y le quitó el casco á la morisca que se había desmayado.

La luna los bañaba de lleno, y el Alcaide reparó que era la buñolera como un pino de oro: desplomada sobre el brazo del caballero,

recostada en su pecho, suelto el cabello y con el seno descubierto, hubiera provocado á un desafuero á un hidalgo menos cumplido y honesto que el Gran Capitán. Pero los voy á dejar camino adelante, puesto que ya divisan las hogueras del real, y mientras que el caballero pulsa en las sienes á la cautiva, y se convence de que no está mas que aletargada, voy á contarlos lo que sucedía mientras en la tienda de la reina.

Continuaba la reunión, y después de oír á una música que dieron á SS. AA. los trompeteros de la caballería, siguió Hernando de Zafra ocupándose de los festejos que estarían haciendo los moros granadines, de su mercado de flores en Bib-Rambía, de sus ensalmos para buscar tesoros, de sus procesiones devotas por los cerros de los Alijares, y los alrededores de Bib-Tauvin.

—Gonzalo, repuso la reina, podrá decirnos también algo de eso, porque turbó una de esas hechicerías, cuando quemó los molinos que había hácia esa puerta. ¿Pero dónde está el Alcaide de mis donceles?...

—Pide licencia para entrar, dijo un paje, y presentar á S. A. una cosa que será de su agrado.

—Concedida la tiene, contestó la reina con la sonrisa en los labios.

Apareció entonces Gonzalo de Córdoba con el traje de corte lleno de polvo y salpicado de sangre, puso una rodilla en tierra con ese aire elegante y noble que ha conservado hasta su muerte, y presentó á S. A. el cestillo con los buñuelos y las hojuelas, que parecían bien entre las flores, é hizo arrodillarse á la buñolera, muda de terror y asombro, que no se creía desahacida aun.

—¿Qué es esto, Gonzalo? ¿De dónde vienes tan de batalla con esas frutas de sarten y esta mora? preguntó la reina haciendo señal al caballero para que se levantara.

—Señora, oí decir no ha mucho á V. A. que estaban haciendo falta estos buñuelos para tan buena compañía, y he ido á Granada á la tienda del comedio de la calle de Elvira por ellos, y por si no llegaban calientes, he traído á la buñolera conmigo, que podrá hacerlos á gusto de V. A.; por eso le suplico se sirva aceptarla por esclava, y á mí me perdone el haber faltado de su servicio por tan corto rato.

—Locuras heróicas, como siempre; dijo la reina dándole á besar su mano.

Un murmullo de asombro circuló entre los capitanes, aunque entonces era para todos fácil lo imposible, y Pulgar se mordió los labios de ira consigo mismo, porque no se le había ocurrido tal idea.

Los buñuelos se consumieron entre todos. La esclava se hizo cristiana, y ahora tiene tienda en Valladolid; como dicen las viejas, yo fui y vine y no me dieron nada (1).

J. GIMENEZ-SERRANO.

Últimos días de Juan Chouan.

Después de la destrucción del ejército vendeense y la muerte del príncipe de Talvaon, la posición de los insurgentes de la Baja-Maine, mandados por Juan Chouan, se hizo muy difícil: queriendo hacerse olvidar por algún tiempo este último, se retiró hácia las fronteras de Bretaña. Desde allí supo que los republicanos de Erué, se habían estendido por las tierras de Bourgon para cortar las hayas que favorecían las emboscadas de los realistas, y al instante condujo su tropa á aquellos lugares y los batió en un estrecho llamado *Rougefeu*; pero la misma tarde una columna de guardias nacionales puso en fuga á su tropa y tuvo necesidad de refugiarse otra vez al bosque de Misdou. De allí salió nuevamente para desarmar á los patriotas del distrito de Bacoumier y de Andouillé; los herreros de Port-Brillet, que le salieron al encuentro, fueron dispersados, cayendo dos de ellos prisioneros en manos de los chouanistas. El uno de ellos fué fusilado inmediatamente, y el otro, que era casi un niño, lo hubiera sido también á no haberlo visto Juan Chouan, quien empezó á gritar.

—¡Eh, no tireis os prohibo matarle, yo respondo de él, desgraciado el que le haga daño.

Rara vez empleaba Juan Chouan la amenaza; pero una vez que hubiera amenazado, era muy peligroso el desobedecerle; así que le entregaron el prisionero. Este vestía el uniforme republicano, el que Juan Chouan le obligó á ponerse del revés, mandándole que fuera siempre á su lado; como lo hizo por largo espacio, hasta que ya rendido de cansancio, se detuvo diciendo:

—No puedo seguir mas, matadme si queréis; pero no pasaré de aquí.

(1) Como Uceda había conocido á todos los personajes que se mencionan en su relato, y había servido bajo sus banderas, inútil es decirle, leyente amigo, que en sus relatos y en sus descripciones hay tanta verdad, como si hubiese consultado los manuscritos de Oriedo y del cura de los Palacios, la historia de Prescott, la crónica de Irving, las epístolas de Anqueria, la obra de Giovin, la de Quintana, la de Pulgar, la de Diodoro Siculo y otros libros menos raros que tratan de los sucesos de aquel tiempo.



(Últimos días de Juan Chouan.)

— ¡Infeliz! le respondió, no tengas cuidado, nada te haré, quedate aquí según desees, y cuando los republicanos te encuentren, díles que nos seguías á la fuerza. Adios, que el cielo te proteja; quizás un día me puedas pagar lo que ahora hago por tí, cuando oigas decir que Juan Chouan es un perdido.

Quisieron los realistas reunirse cerca de la laguna de Olivet, pero les faltaron las municiones, y nuevamente fueron dispersados por los republicanos. En este caso Juan Chouan concibió la idea de robárselas á sus enemigos, y la llevó á cabo internándose de noche con un tal Gouppli en la ciudad, y asaltando el almacén de las municiones, para lo que tuvieron que saltar una porción de tapias y burlar la vigilancia de un sin número de centinelas. Empresa atrevida, y que solo Juan Chouan se hubiera atrevido á poner en ejecución.

Al siguiente día los republicanos hicieron prisioneros á sus dos hermanas, las que no habiendo tomado parte en las empresas de sus hermanos, y fiadas en su juventud, creían no tener nada que temer: sin embargo, fueron conducidas á Bourqueuf, y desde allí á Laval.

Cuando Juan Chouan lo supo, se decidió á salvarlas á todo trance, y aunque tenía pocos de sus partidarios cerca de sí, eran estos los mas valientes, y todos juraron por su alma secundar sus proyectos.

Con efecto, aquella misma noche consiguieron anteponerse á los republicanos que las habían apresado, y formaron una emboscada en el camino por donde habían de pasar. En tanto que esperaban á que los republicanos llegasen, Juan Chouan recorría con la mayor impaciencia todos los puntos donde estaban apostados sus compañeros, diciéndoles con las lágrimas en los ojos: — ¡No es verdad, amigos míos, que no me dejareis aquí solo? — No, no lo temas: estaremos aquí todo el tiempo que tú quieras; — le contestaban.

El día siguiente se pasó en esperar, pero en vano; los republicanos habían tomado otro camino y llevado á sus hermanas á Laval, donde fueron juzgadas y ejecutadas.

Desde que supo esta noticia Juan Chouan, permaneció siempre triste y abatido, y se le oía repetir á cada momento: — Es una des-

gracia que á todos nos alcanza; no tardará en pesar igualmente sobre mí.

Desde este momento sus ataques contra los republicanos eran menos frecuentes; rehusaba tomar parte en muchas expediciones diciéndo que no quería llevar á ellas su mala suerte. Pero cuando supo que los republicanos habían abandonado á Saint-Ouen, se decidió á marchar sobre este punto con objeto de proporcionarse municiones y vestidos para su gente. Pasando cerca de la Babinière, se detuvo á refrescar invitado por un arrendador. Había dejado un centinela en el camino, pero como este abandonase su puesto, cayó sobre él y su gente una numerosa tropa de republicanos. Pusieron en fuga los realistas, y Juan Chouan se hallaba ya lejos y al abrigo de las balas del enemigo, cuando oyó á la mujer de su hermano que le llamaba en su auxilio. Volvió inmediatamente á socorrerla, y para darle tiempo de salvarse hizo frente á los republicanos; pero una bala vino á darle en la caja del tabaco que llevaba en la cintura, y la rompió en mil pedazos que le entraron hasta las entrañas: sin embargo, pudo llegar arrastrándose hasta un castaño, donde cayó sin sentido.

Sus gentes, que no le veían venir, buscándole por todas partes, llegaron á encontrarle tendido sobre la yerba, y colocándolo sobre un paño cuyas cuatro puntas llevaban cuatro de sus mas íntimos compañeros, le condujeron al bosque de Misdon, donde le hicieron una cama con la ropa de todos. Con estos auxilios se reanimó un poco, y dando algunos consejos, designó á Delière por su sucesor, y espiró en los brazos de sus camaradas.

EL PASIEGO.

En una de las provincias del norte de España, hay una comarca cuyos habitantes con sus costumbres y hábitos llaman la atención del curioso y del observador: es la tierra de Pas, en Santander. Se compone de tres pueblos ó ayuntamientos, que son: La Vega, San Pedro

el Romeral y San Roque de Rumiera ó de Río Miera. Toda la llanura comprenderá unas cuatro ó cinco leguas de estension, regada por el río del mismo nombre, el Pas, que uniéndose sucesivamente con otros varios de menos importancia, atraviesa por los valles de Toranzo y Piélagos, y pasando por debajo del puente colgante de Carandía y por el de piedra de Arce, se dirige á desaguar en la costa de Cantabria. La tierra de Pas tiene también montañas, que son la parte de San Roque, cuyo terreno es escabroso, lleno de derrumbaderos y precipicios, ingrato, estéril y de feo aspecto. La vega es fértil, está bien cultivada y provee de hortalizas, frutas y otros artículos comestibles á los pueblos circunvecinos, Selaya, la antigua capital de aquel país, Villacarriedo, actualmente cabeza de partido judicial, Las Bárcenas, Santibañez, etc.

El Pasiego conserva algo de la tradicional independencia y arrogancia de los moradores de otros siglos: él no se baja á servir de cocheró ó lacayo como el asturiano, ni de mozo de cordel como el gallego, ni tampoco de criado doméstico en mayor ó menor escala, como lo hacen los paisanos de otras provincias. El Pasiego procura, ya permaneciendo en sus hogares ya alejándose de ellos, vivir libre y dueño de sí, no reconociendo ningún amo. Favorecido por las montañas en que nació, se consagra desde joven al contrabando, en cuya profesión se amaestra pronto con las lecciones y la práctica de sus padres y parientes: contribuyen poderosamente á este fin sus instintos y su constitución física, pues en lo general el Pasiego es robusto, fuerte, temerario, además calculador, industrioso y listo en mas de un concepto. El que no es contrabandista, comercia en telas, tirantes y baratijas de varias especies, y cuyo origen mas ó menos remoto suele ser asimismo el contrabando.

Los Pasiegos forman una nación aparte, como los judíos; se desparan por toda la provincia de Santander y por el resto de la Península, vendiendo sus cachivaches. Difícil será que el comprador deje de salir engañado en cualquiera mercancía; sino es en el precio, será en la cualidad de ella. Apenas hay villa ó lugar en Santander donde no haya un Pasiego que figure de mas rico ó entre los mas ricos del vecindario. Algunos empiezan tratando en quesos ó en clavos, á poco tiempo se hacen con una saca, luego ponen tienda y van juntando su capital, hasta que aparece en primer lugar en la matrícula del subsidio de comercio. Otros se ingenian por diferentes vías, ora vienen de América con una pingüe herencia, ora se casan con una mujer muy acaudalada, y de vuelta á España emplean su riqueza con gusto y utilidad, como el célebre pasiego D. Antolín Solana, que hizo construir en el muelle de Santander una de las mejores casas, si no la mejor de la población, é igualmente algunas leguas de carretera desde su quinta de Arredondo hasta la Cabada.

El Pasiego en su estado primitivo, prescindiendo de las transformaciones que pueda experimentar, se distingue á tiro de cañón por su palo enorme, especie de varal gigantesco, parecido al árbol de San Cristóbal. El Pasiego y el palo son dos elementos necesarios para una misma existencia; mas que el ciego y el lazarrillo, mas que el hijo único y el mimo y la tontería, mas que la casta doncella y el deseo de pasar á otro estado, mas que el tramposo y las buenas palabras: esto es, que una cosa no puede existir sin la otra: un Pasiego sin palo sería un cómico español sin apuntador, un ministro sin periódico semi-oficial y sin mayoría parlamentaria. El palo es pues el alma del Pasiego; y no significa esto que tenga alma de palo, en cuya particularidad abundaría en compañeros que no son pasiegos; sino que sin el palo falta un rasgo característico y esencial de nuestro protagonista. En sus manos es una arma ofensiva y defensiva, es palanca, es báculo, es remo, es escudo. Aquí le sirve para rechazar los golpes de cualquier arma blanca, y hasta de cuantas piedras se le arrojen; allí para saltar con una firmeza y una rapidez sorprendentes, un muro, una tapia, un barranco, un río ó cualquiera obstáculo de otro género que se oponga á sus viajes y escursiones; en esta cualidad deja muy atrás á las cabras y á los gimnásticos y saltimbanquis mas ligeros; allá para cazar conejos donde pululan los criaderos y madrigueras, ó para llevar un lío de ropa, ó para levantar un peso haciendo el oficio de cabrestante: el palo del Pasiego es la vara mágica ó el misterioso talisman con que hacen mil maravillas.

La raza de estos hombres podría servir para los oráculos, porque así como estos en la antigüedad, aquellos nunca dan una contestación categórica, su frase siempre es ambigua y propia para toda clase de evasivas.

Si al llegar un viajero á una encrucijada de caminos, pregunta á un Pasiego por dónde se va á tal parte; primero se hace sordo, y solo habla cuando se le indica uno de los caminos, cuando se le dice en tono interrogativo, ¿es por aquí? entonces responde, *podráque*, *podráque*; pero ni dice si ni no, y el interlocutor se queda en la incertidumbre. Si le preguntan cualquiera cosa que tienda á saber algo de su nombre, vida, situación, etc., contestan con aire socarrón y con un sonido como de é abierta francesa, *no sé, señor*. Son naturalmente precavidos, solapados, y puede decirse de ellos lo que el señor Bena-

vides, hablando en una importante cuestión del señor Arrazola: *se les ve ir, pero no se les ve venir*. Cuando ocurre instruir una causa criminal contra algun Pasiego, sucede que á veces no se le puede encontrar. Los habitantes de Pas tienen todos un sobrenombre ó apodo con el que son conocidos entre sí; va la autoridad á indagar quién es fulano, ó manda que se le presente; los vecinos afirman que allí no vive semejante sugeto, ni saben que exista en la comarca; se recorre esta, y no parece la persona á quien se busca; á tal punto llegan el compadrazgo y la masonería de estos montañeses, jamás se acusan, siempre se encubren y protegen: no lo harían mejor si fuesen individuos de una fracción política.

Se cuenta que con motivo de una sumaria contra una mujer casada y con hijos, no le fué posible al juez saber el nombre y apellido de la procesada: interrogado el marido, declaraba que se llamaba *su mujer*. Los hijos esponían que se llamaba *su madre*, y los vecinos que se llamaba *fulana*: además, nada constaba en el padron municipal ni en los libros sacramentales. Los ayuntamientos de Pas no redactan por escrito los juicios verbales cuya decision compete á los alcaldes; sostienen que la ley se refiere á juicios verbales, y por consiguiente todo se ha de quedar en palabras. Estando yo en los baños de Molinar de Carranza en las Encartaciones de Vizcaya, llegó al mismo sitio un Pasiego acometido de dolores reumáticos, tan comunes allí por la continua humedad; se informó de que se tomaban ordinariamente de nueve á doce baños, y que cada uno duraba de media á una hora: con estos antecedentes se mete por la mañana temprano en una bañera, permanece en ella durante nueve horas á pesar de las instancias y advertencias del bañero, quien todo lo dirige á falta de médico-director; y concluido aquel término sale del baño, coge su hatillo y se marcha, diciendo que ya había acabado la temporada. Si un forastero inquiriere si tal ó cual persona se halla en buena situación, si tiene bienes, etc., al instante replica, *¿débete algo, débete algo?* con cuya locucion se duda si pretenden saber cuál es el acreedor ó el deudor.

Digamos ahora algo de las Pasiegas. Respecto al carácter caviloso, reservado, á su estilo antifilológico, á su predisposición para el trabajo, á su laboriosidad, etc., etc., es igual al de los hombres. Manifestaremos solo los particulares que son relativos á su estado y sexo. Las Pasiegas son de buena estatura, de continente varonil, muy andariegas, incansables en sus expediciones. Su traje es una saya corta y grosera, dejando ver unas medias de lana, azul generalmente, y unas abarcas que usan por calzado, á veces alpargates grotescos: en la cabeza un pañuelo atado, no á la vizcaína, sino en forma de cucurucho, ceñido alrededor y el centro al descubierto. El cuévano es á la Pasiega, lo que el palo al Pasiego: en él trasportan su ropa, las mercancías en que trafican, sus niños á semejanza de las cunas canadienses, los encargos; él hace de saco, de cesta, de maleta, de baul. Es indudable que debiera adoptarse en todas las provincias, por ser preferible á otros muchos medios de conducción: la cesta abruma la cabeza é impide ver con libertad; el saco obliga encorvar el cuerpo hácia adelante, é incomoda en la espalda por carecer de sosten, no siendo los brazos que ambos van ocupados; el cuévano no tiene ninguno de estos inconvenientes y por el contrario reúne todas las ventajas. Por trochas y vericuetos, por villas y por desiertos se ve á las Pasiegas, solas ó acompañadas, andar diez, doce y mas leguas de jornada, con su cuévano á costillas, posándolo de vez en cuando para descansar, y volviendo á tomarle con una facilidad suma, moviéndose con uniformidad y monotonía, á modo de ánade ó pato.

La Pasiega es de dos especies, ó mejor dicho, presenta en general dos estados diferentes y aun diversos: sufre una trasformación como la oruga, que se torna mariposa; si bien no á todas cabe esta suerte envidiable de abandonar su primitivo género de vida, cual es poco mas ó menos el que va descrito, y puede denominarse, existencia vagabunda y errante, existencia pegada al cuévano y reducida á comerciar al por menor en quesos, malos y puercos por lo regular, en muselinas y tejidos ordinarios, secundando el contrabando de sus padres, maridos, hermanos, etc. Empero muchas toman otro rumbo, vienen á la corte, se plantan en la plazuela de Santa Cruz, y confiadas en su rollizo semblante y continente, y en otras cualidades propias del ama de cría, hacen insertar en el *Diario de avisos*, uno de estos, cuyo tenor es con ligeras variaciones como sigue: «Fulana de T, de 25 años de edad, con leche de cuatro meses, desea encontrar cría en casa de los padres: es robusta y tiene sugeto que la abona. Darán razon en la calle del Barquillo, junto á la casa de Tócame Roque, núm. 6.º, cuarto de atrás.» Mediante este programa, ó sin necesidad de él, por efecto de recomendaciones particulares, y precedido el correspondiente ajuste, entra la Pasiega en casa de una familia opulenta, de un grande de España quizá, ó en el mismo palacio regio, con el objeto de amamantar á uno ó mas niños sucesivamente. Aquí se muda de decoracion, y héte á nuestra montañesa convertida en ciudadana, perfectamente vestida y calzada, arrastrando sedas, adornada de collares y pendientes de plata y oro, paseando siempre en carretela tirada por lujosos

caballos, y halagada por todos los individuos de la casa como santo de devocion, ó muger próxima al parto. Bien mirado, el destino de estas paisanas que consiguen esta colocacion, es de lo mas seductor y próspero que puede concebirse, atendiendo á lo que eran en su cuna y educacion, á las ventajas de que disfrutan, y á ciertas libertades de mucha trascendencia, que les son permitidas y hasta indispensables para ejercer su mision criadora. Está una costurera, una modista trabajando dia y noche, y acaso no gana sino para una subsistencia rodeada de privaciones y dificultades; sucede á una soltera un percance á consecuencia de una flaqueza ó de una gordura, y la sociedad la señala con el dedo; la Pasiega se rie de todo por mas que se halle soltera. El querido, el marido y los parientes tienen una cucaña. La Pasiega vive en casa del general D... ó del ministro F... ó del senador T... pide un destino de oficial de correos para un primo suyo, una intervencion de puertos para su hermano; concedido, aunque sean mayores prebendas. No es la primera vez que resulta, que el agraciado no sabe escribir y apenas leer; mas eso no importa, tanto mejor para él, se molestará menos ó nada, y cobrará el sueldo lo mismo que si trabajase mucho; además, lo que habia de hacer él lo hacen los compañeros de oficina, y todo viene á ser uno; prescindiendo de esto, el novel empleado no es tan tonto que no sepa decir, «yo no quiero servir el destino, sino que el destino me sirva á mi:» llega esta gracia, esta feliz ocurrencia á oídos de la Pasiega y del protector, y al punto le dan un ascenso, porque indudablemente el chico promete y va saliendo de chispa. ¡Y pudiéramos darnos por contentos con que no se manejasen otros resortes peores que estos para obtener empleos!...

Reunida en corro la familia espresa su admiracion hácia uno de los favorecidos. ¡Qué talento tiene Publicos! ¡cómo sube en sueldo y clase! A esto observa uno, que aquel no sabe leer ni escribir; y responden á concierto los demás, ¿pues qué sería si supiese leer y escribir?...

Tales son los principales rasgos característicos de los Pasiegos, que he creído dignos de ser notados. Estos habitantes constituyen una nacion enclavada en el territorio español; sus hábitos y costumbres ofrecen un sello particular que los distingue, y teniendo en cuenta sus cualidades de diversa indole, no sería difícil aprovecharlas y dirigir las en beneficio de la sociedad, arrancándolos de la pendiente del fraude y del crimen á que se ven arrastrados por circunstancias algun tanto inevitables.

Bilbao 16 de setiembre de 1848.

ANTOLIN ESPERON.

ADICION AL ARTÍCULO *Teatro de Alarcon*, INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Después de publicado en el número anterior el artículo sobre el teatro de Alarcon, se nos ha llamado la atencion por un amigo hácia una noticia de dicho poeta que se lee en los *Avisos históricos* de Don José Pellicer, insertos por Valladares en su *Semanario erudito*, y dice así: (Tomo 51, pág. 57.) «Avisos de 9 de agosto de 1639.—Murió »Don Juan de Alarcon, poeta famoso, así por sus comedias como por »sus corcovas, y Relator del Consejo de las Indias.—Cuya curiosa noticia aprovechamos con gusto para añadirla á las escasas que de aquel célebre ingenio dimos en nuestro artículo.

EL CUCLILLO.

(FÁBULA TRADUCIDA DEL ALEMÁN.)

(De Gellert.)

Hablando un Cuco con un Estornino al saber que hace poco hubo llegado de la ciudad, —refiéreme, pregunta, qué es lo que dicen de tu bello canto... ¿Y del de el Ruiseñor qué se susurra?... —Muchos le alaban, y llenan de aplausos... —¿Y de la Alondra?... su voz es simpática... —Unos le ensalzan, y otros han callado. —¿Sigue haciendo furor el dulce Mirlo?... —Aquí y allí de elogios le colmaron... —Ora me resta preguntarte solo, ¿qué opinion se ha formado de mi cántico?... —¡Qué, admirador responde el Estornino, no te puedo decir!... Nadie ha pensado

ocuparse de ti...—Por eso quiero ocuparme yo solo, y sin reparo hablar constantemente de mi mérito vengándome de necios y de ingratos...

EL BARON DE ILLESCAS.

LATIDOS DEL CORAZON.

¡Veinte años, edad florida de ilusiones y placeres! deten tu marcha atrevida, que en cada paso que dieres vas acortando la vida;

Edad de goces y encantos tan ligeros como el viento, edad que en lúgubres cantos plañirá con tristes llantos el gastado pensamiento;

Edad que quiere pasar y después quiere volver, porque es la vida de amar, el mas seductor placer que sabe el hombre gozar;

Edad, brillante cadena de doradas ilusiones que á enmohecerse condena la misma aurora serena que aumenta sus eslabones.

No anheles el porvenir, corazon, desengañado vendrás mañana á sentir el camino que has andado en la senda del morir.

Que ese próximo mañana que la mente enloquecida por alcanzar tanto afana, convertirá una campana en un ayer de la vida.

Y ese ayer triste y sombrío que pasó no solo advierte, pues con su recuerdo frío hace temer mas la muerte al hombre menos impío.

Medita cuál van pasando las horas que van viniendo, y de esta vida menguando los instantes que volando la muerte nos van trayendo.

¡Cuánto menos mal hubiera si en nuestra mente grabada esta verdad estuviera! «De nada el hombre naciera para volver á la nada.»

Pero late, corazon, péndulo de mi existencia, que tu acompasado son ilumina mi razon avisando á mi conciencia.

EDUARDO GASSET.

JEROGLIFICO.

EL LE a P
FC Y b B A c y T